

## **El amor en los tiempos de la Covid-19**

Quisiera empezar recordando a todas aquellas personas cercanas, queridas y allegadas que nos han dejado estas últimas semanas, en el vacío de la soledad, y en unas circunstancias que, además de tristes, son también trágicas. Quiero transmitir, por ello, mis condolencias a sus familias.

También deseo transmitir mi apoyo a todas aquellas personas que han enfermado y han pasado —o están pasando— por un proceso no solo de enfermedad, confinamiento u hospitalización, sino también de miedo y angustia. Es realmente muy difícil gestionar, a nivel personal, un tsunami de salud de estas dimensiones.

Hablar de la Covid-19, actualmente, es sinónimo de crisis mundial de salud, imprevista, desconocida e inesperada. Pero creo que también deberíamos asumir, todos, un cierto pecado de soberbia, pues despreciamos los primeros avisos pensando que no nos afectaría. Ciertamente —y no vale negarlo—, sería un ejercicio de crítica demasiado fácil echar la culpa a los demás, pero lo cierto es que ni lo esperábamos ni hemos reaccionado con eficacia, aunque ahora es fácil decirlo. Pero lo importante es que en este momento debemos afrontar el presente y pensar cómo hacer frente, con solvencia, un futuro que se presenta incierto. Quiero aprovechar para recalcar que nuestro sistema sanitario era y es robusto y sigue siendo uno de los mejores del mundo, por supuesto con sus deficiencias, pero la pandemia —la crisis de salud— está siendo de tal envergadura que este maldito virus ha conseguido, él solo, parar todo el planeta y desbordar todos los sistemas sanitarios.

La Covid-19, aunque cada uno dice la suya, ha podido con distintos países que cuentan con sistemas políticos y sanitarios distintos y sigue su ruta arrolladora. No distingue entre países.

Y aunque es muy fácil criticar, es muy difícil gestionar. Más en situaciones como la que estamos viviendo. También es difícil asumir un cambio que no es para mejor —al menos de inmediato—. Pero solo unidos y con generosidad podremos superar esta terrible situación. Es el momento de olvidar intereses particulares y anteponer los generales. Este reto conlleva, a la vez, nuestra gran incógnita, que solo nosotros somos capaces de resolver. Entre hacerlo bien, mal o regular, podemos tomar caminos muy distintos. Está en nuestras manos.

En este contexto tan complejo, las universidades en general y la UAB —nuestra querida UAB— en particular, están jugando un papel muy importante. Por ello, es un orgullo poder agradecer el enorme esfuerzo y profesionalidad del personal de la UAB, que ha conseguido que su actividad docente e investigadora siga funcionando en los distintos ámbitos, a pesar de la excepcionalidad de las dificultades actuales.

Mientras que la docencia presencial se paraba por la implantación del estado de alarma, hemos sido capaces en pocos días de poner en marcha un sistema telemático de formación para nuestros estudiantes, que está funcionando francamente bien si tenemos en cuenta los recursos que tenemos y la escasez de tiempo con el que hemos podido contar para activar todo un proyecto que iba a desarrollarse en 2/3 años. Estamos consiguiendo que, algunos días, más de 20.000 alumnos y más de 2.000

profesores se conecten. Hemos superado las 100.000 conexiones diarias y hasta hemos realizado tests telemáticos. También es cierto que no todo el mundo está pudiendo usar estos sistemas y por lo tanto hay alumnos que no disponen de hardware ni del software necesario para poder seguir las clases lectivas, aunque la UAB ya ha puesto a su disposición ayudas y se han podido cubrir las necesidades recibidas.

Independientemente de la decisión de nuestro Consejo de Gobierno de finalizar la docencia presencial y pasar al formato virtual, igual que el resto de universidades públicas catalanas, estamos gestionando el handicap de las prácticas, pues el confinamiento las condiciona. Asimismo, estamos trabajando tanto internamente como con la Secretaria d'Universitats i Recerca de la Generalitat para ir solucionando todas las problemáticas derivadas de la situación actual. Lo que sí es cierto es que esta situación no es normal y las soluciones que se adopten serán puntuales para estos tiempos.

Como en la novela de García Márquez, “El amor en los tiempos del cólera”, en estos meses se mezclan el amor y la muerte y aunque no aparecen ni Florentino ni Fermina, sí son tiempos de amor y muerte. Si cambiáramos la palabra “cólera” por “Covid-19”, también podría encajar. Se me ha ocurrido este título en pleno confinamiento, revisando mis cosas en casa, aquellas que guardas y tienes, aquellas otras que miras, pero que no ves, como los libros (aquellos que leíste y quedaron en la librería, ahí, para siempre).

Estamos viviendo una crisis mundial indefinible, pues cada día que pasa todo se altera y cambia. Nada es igual que ayer, ni será igual que mañana. Vivimos en la incertidumbre y ésta es una de las cosas que más nos asusta. Es el miedo a lo desconocido, a la sensación de impotencia. Sientes que algo pasa, te cuentan, ves estadísticas y solo cuando te toca directamente o a través de seres queridos te das cuenta que esto es serio, muy serio.

Algunos definen esta situación como una guerra. Yo no le pondría esta palabra, pues para mí las guerras son más atroces porque los humanos nos matamos entre nosotros, demasiadas veces manejados por unos pocos que utilizan a muchos otros mintiendo o transformando verdades. Al final, siempre sucumben muchos inocentes que llevados por el engaño —y también demasiadas veces por la pasión, una pasión idealizada—, son masacrados sin piedad. Eso es la guerra. Muchos lo pierden todo y unos pocos ganan mucho.

Ahora no. En mi humilde opinión, desde la mitad del siglo pasado, nuestro mundo inició un periodo de crecimiento extraordinario, tanto poblacional como en consumo de recursos, que no hemos sabido gestionar adecuadamente. Ningún sistema político ha sido capaz de mantener la armonía y el equilibrio necesario. El mundo es cada vez más complejo y más difícil de gestionar, pues algunos creen que gobernar es tratar con vasallos cuando nuestros gobernantes no deben olvidar que, en democracia, son servidores públicos, elegidos por la ciudadanía. Pero esta es siempre heterogénea y con múltiples intereses encontrados, lo que provoca enormes dificultades a nuestros gobernantes.

De hecho, les elegimos para que administren nuestros recursos de forma eficiente, justa y transparente. Y este enorme ejercicio se está convirtiendo cada vez más en misión imposible. Además, en los últimos tiempos los ciudadanos hemos creído mucho más en nuestros derechos que en nuestras obligaciones y el equilibrio se ha perdido. J.F.

Kennedy dijo una frase que debe hacernos meditar y que deberíamos seguir aplicando en el siglo XXI: *“No preguntes qué puede hacer el mundo por ti, pregunta qué puedes hacer tú por nuestro mundo”*.

En estos últimos tiempos, hemos recibido avisos e indicios que nos indicaban que esto no funcionaba. La historia de la humanidad—no soy historiador ni antropólogo, pero sí amante de ambas ciencias—, nos muestra que a lo largo de los tiempos hemos tenido síntomas, avisos y, luego, fuertes embestidas que nos han hecho corregir el rumbo, pero no lo suficiente. Olvidamos rápido.

Es curioso comprobar como un virus —dejadme llamarle bichito—, ha puesto patas arriba una sociedad que se preciaba de su capacidad de innovación y de un progreso tecnológico y científico sin precedentes. Ha afectado a todos, absolutamente a todos. Estamos recibiendo una cura de humildad muy importante y avasalladora y parece que hay gente que aún no lo entiende. No hay nada peor que la ignorancia del estúpido que se cree el más listo.

No sabemos contra qué luchamos. Es un enemigo invisible, impredecible, que no hace distinciones y que no hay lugar en el planeta al que no pueda llegar.

Estamos jugando a la defensiva, pero tengo la sensación que sin saber cómo. En términos futbolísticos, se denomina despejando balones como puedas y mientras puedas. Resistir a ver si suena la flauta y hallamos primero un tratamiento eficaz y luego una vacuna que nos permita protegernos. Pero, aun así, este virus ha venido para quedarse y si no somos capaces de aunar esfuerzos y ser más inteligentes, vendrán más virus y sufriremos de nuevo.

La tentación sería citar las plagas y evocar pasajes bíblicos, pero no lo voy a hacer. Aunque dejadme que me tome la libertad de repetir la frase que el Papa Francisco le dijo a François Hollande: *“Dios perdona siempre, los humanos a veces, pero la naturaleza nunca, especialmente a quien no cuida de ella”*. Y dejadme que diga que sinceramente creo que el planeta nos ha dado un aviso importante.

¿Por qué cuento todo esto? Pues porque sinceramente creo que nos adentramos en una nueva era. Algunos le llaman un nuevo mundo, yo prefiero era. Lo anticipé hace meses en algunas publicaciones. De hecho, en los últimos 75 años, el progreso de nuestro mal llamado mundo ha sido exponencial, pero no lo suficiente, como estamos viendo, para dar respuesta a las verdaderas necesidades del ser humano y del propio planeta.

Y es aquí donde la universidad debe jugar un papel decisivo. Con toda la humildad del mundo y siendo consciente de mi ignorancia en muchos temas —pero muy curioso en saber y aprender de todo y de todos—, me atrevería a decir que los cinco grandes vértices, es decir el pentágono de la sociedad del futuro, se basarán en las Humanidades para recuperar las relaciones y desterrar la marginación de cualquier tipo, y en el cuidado del planeta a través de la llamada “Economía Sostenible”. También, en la creación y desarrollo de sistemas de detección de necesidades, para acomodar la docencia y la investigación a todo ello; la verdadera y profunda integración social de la universidad en su entorno, en su comunidad, de la mano de la sociedad que la financia y la demanda. Y finalmente, la cooperación internacional con otras instituciones docentes e investigadoras para conseguir una adecuada transferencia y también la

recepción de conocimiento, para así poder servir a la comunidad con más eficiencia. En estos cinco ámbitos cuyo desarrollo deberá ir especificándose en el tiempo y en función de la evolución y necesidades de cada uno de ellos, deberemos basar nuestro futuro. Pero para ello, necesitaremos una financiación adecuada, justa y por supuesto vinculada a las necesidades y prestaciones de cada institución. A la vez, la colaboración con el sector privado debe ser esencial, pues juntos, de la mano, seremos más fuertes y potentes y nos retroalimentaremos más y mejor, aumentando así la eficacia de nuestras prestaciones. Eso sí, todo ello basado en unas reglas justas de “win-win”.

Para finalizar, mencionar que la formación “on line” ha llegado para quedarse, pero no nos equivoquemos, la presencial es y seguirá siendo esencial. Con ella, además de aprender la formación elegida por nuestros alumnos, éstos cuentan con un campus físico donde poder socializar, algo imprescindible para poder vivir, crecer y madurar en una sociedad de progreso, armónica, más justa y de pacífica convivencia. La universidad es un lugar perfecto para aprender a convivir.

Os deseo a todos mucha salud, os ruego que os cuidéis mucho y, muy en especial, que cuidemos a los que nos cuidan. Es de bien nacidos ser agradecidos. Espero poder veros pronto en persona y podamos recuperar el contacto físico del afecto y la amistad.

Salud.

7 de mayo de 2020